

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religiosis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Denique, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 En Ultramar: 90 reas. trimestre.—les trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

PRESUPUESTO DE GASTOS.

A LAS CORTES CONSTITUYENTES.

Apenas constituido el Gobierno provisional, nacido de la revolución de Setiembre, cupo al ministro que suscribe la dolorosa obligación de exponer con toda verdad y lisura la triste situación en que había encontrado el Tesoro público; y la sinceridad con que fueron puestas de relieve todas las circunstancias de una situación que la revolución heredaba, pero de que no era responsable, fue acogida, no solo en España, sino en todo el mundo civilizado, como demostración elocuente de que abandonábamos los errores senderos por donde se derrumbaba la Hacienda española. Muy luego hubo de adoptarse otra resolución ineludible, cual era la liquidación de la Caja de depósitos, que debió haberse realizado en épocas anteriores, menos apremiantes y congojas, si hubiese habido valor para arrostrarla.

Hoy es el turno correspondiente al presupuesto de gastos, y también el ministro que suscribe tiene el imprescindible deber de cargar sobre sí la impresión desfavorable que naturalmente debe causar la presentación del presupuesto más alto de gastos que hasta ahora ha habido en España. Pero al hacerlo afirma la confianza de que la sabiduría de las Cortes Constituyentes acogiera benévola y lealmente las manifestaciones de quien, siguiendo una línea de conducta diametralmente opuesta a la que nos ha conducido al borde del abismo, ofrece la garantía de apartarse necesariamente del peligro. No es de ánimos serenos ni de pechos esforzados cerrar los ojos a la evidencia, y buscar pretextos para engañarse a sí mismo, dando menores proporciones al mal existente; muy al contrario, conviene sondear tranquilamente el abismo, contemplar el daño en toda su extensión, y solo así cabe ponerle remedio.

A 298.000.000 de escudos asciende el presupuesto de gastos que se acompaña, según el estado núm. 1.º; pero todas las probabilidades que racionalmente es lícito apreciar, indican que ese es el límite máximo de los gastos dentro de las mismas circunstancias en que ha sido calculado el presupuesto de ingresos, dentro de un límite mínimo de recaudación para huir del lastimoso error de una nivelación ficticia, siempre supuesta, y nunca alcanzada.

¿Por qué no se ajustan los gastos a los ingresos? ¿Por qué desde luego y con mano inexorable no se reducen todos los servicios al límite de los recursos? Muy grato fuera para el ministro que suscribe poder dar satisfactoria solución a tales preguntas, que se ha hecho a sí mismo antes que otro alguno pudiera dirigírselas. El detenido estudio del presupuesto de gastos de la nación le obliga a afirmar que todas las economías posibles y realizables en los diversos departamentos han sido hechas por los individuos del Poder ejecutivo con el propósito más vehemente de reducir los gastos sin contemplación de especie alguna; pero también con el recto criterio de no hacer economías tales que se convirtieran en daño gravísimo y en gastos mayores para el Estado cuando no son hechas con la prudencia y tacto requeridos en asunto de tanta importancia. Experiencia de todos los días y observación al alcance de todas las inteligencias es la de una casa atrásada por prodigiosas pérdidas de su dueño, si el que le sucede en el gobierno y dirección de ella está animado de un verdadero espíritu de economía, no remedia la fortuna heredada, por más que ponga conciencia en ella, esperando que la previsión, la moralidad y el tiempo contribuyan a restablecer el crédito y los recursos de la familia. Quien para el Tesoro público busque otra marcha en los sucesos; quien suponga actos sobrenaturales, mágicos talismanes que de un momento a otro conviertan en prosperidad las desventuras, no conoce la realidad de las cosas, ni es capaz por su impaciencia de llevar el remedio a los males sufridos, mientras cabe esperar de aquellos que ni hacen promesas empíricas ni les aturde la gravedad del daño.

Importa mucho ver la naturaleza de los gastos, para que se conozca los que son irreducibles por el momento o durante un porvenir próximo; los nacidos del mismo desenvolvimiento de la civilización; los que hace imprescindible el mayor aumento obtenido de las rentas públicas; los que prometen una reducción más o menos próxima según las circunstancias políticas del país, y los que, por el contrario, deberán desarrollarse necesariamente con la prosperidad general.

Para presentar de relieve este estudio ante las Cortes, el ministro que suscribe cree conveniente acompañar los estados números 2 y 3, tomando en todos ellos por base el presupuesto votado por las Cortes Constituyentes para el año 1855, sin perjuicio de las comparaciones que se acojan a hacer con el presupuesto del año anterior.

Ocupa el primer lugar y como la partida irreducible más importante la deuda pública. Figura esta por sus intereses en el presupuesto de 1855 por 262.761.586 rs., y serán para 1869-70 de 822.312.280 rs., ó sea un aumento de 559.550.693 reales, comprendiéndose en estas sumas los intereses del empréstito Rostschid y del de 4.000 millones decretado por las Cortes. Mas no se detiene aquí la suma total de los pagos de nuestra deuda: hay que agregar a ellos los gastos afectos al producto de las ventas de bienes nacionales por 547.535.000 reales, ó sea un total de intereses de 1.369.847.280 rs., de modo que en 14 años se han aumentado los intereses de la deuda en 1.107 millones, 885.694 rs. La revolución los encontró representados por las cifras siguientes: 673.558.380 de intereses y 313.418.630 gastos afectos al producto de ventas de bienes desamortizados, ó sea un total de 986.977.010 rs., y a la revolución, sin embargo, querían imputar sus detractores que ha aumentado este capítulo en 382.870.270 reales.

Pero afortunadamente esta acusación queda desvanecida con el hecho evidente del estado del Tesoro público, puesto de relieve en 28 de Octubre del pasado año al abrir el empréstito de bonos del Tesoro para liquidar la deuda total del mismo, que entones por cálculo aproximado se estimó en 2.490.641.337 rs., y que comprobaciones sucesivas han demostrado con mayor exactitud se elevaba a 2.514.000.220 reales, a la fecha del 30 de Setiembre. Por otra parte, importa recordar que en esa suma de la deuda del Tesoro se comprenden los capitales impuestos en la Caja de depósitos por valor de 1.221 millones que estaban completamente sumidos por las administraciones pasadas. También la previsión de entones fue inferior a la realidad del déficit del presupuesto corriente, el que calculado en 700 millones ha resultado de 920, entre los que son imputables únicamente a la revolución 100 millones por pérdidas en las rentas es-

tancadas, aduanas y gastos verificados en los primeros momentos; y las Cortes, decretando el empréstito de 1.000 millones de reales efectivos, lo han hecho ya con pleno conocimiento de la falsedad de los cálculos y de la meditada ocultación con que la administración pasada engañaba al país ofreciéndole presupuestos manoseados redactados para desfigurar la gravedad en que se iba colocando a la Hacienda pública.

Conviene, sin embargo, decir que la suma irreducible de la deuda, aun con el desconsuelo que causa, tiene un alivio, respecto a los gastos afectos al producto de ventas de bienes desamortizados, pues que comprendiéndose en ella para formalización de cuentas los pagares de bienes nacionales entregados al Banco de España para amortización ó intereses de billetes hipotecarios de la primera y segunda serie, reduce la suma en 262.750.000 rs. Los Gobiernos anteriores lo habían consumido todo, hasta el porvenir, puesto que con tales operaciones hipotecaron pagares cuyo plazo vence en 1880; y el ministro de Hacienda actual, encargado por la suerte de arrancar la venda a tan cancerosas llagas, todavía ha debido entregar al Banco de España 83 millones de reales en pagares de bienes nacionales consumidos mucho tiempo antes del 18 de Setiembre de 1863.

Si, pues, para la deuda exactitud la cifra de los intereses de la deuda de todas clases asciende a la indicada suma de 1.369.847.280 rs., y solo para los efectos de la formalización figuraban en el presupuesto los 262.750.000 rs., producto calculado de los pagares de bienes nacionales hipotecados al Banco de España, resulta que la cantidad indispensable para acudir a las atenciones de la deuda pública en el próximo año económico es de 1.107 millones 97.280 rs., incluyendo en ella la parte de intereses de bonos del Tesoro no emitidos en cantidad de 750 millones que hay probabilidad de colocar durante el ejercicio de 1869-70.

Durante este tiempo lugar el hecho de quedar consolidada toda la deuda interior y de haber desaparecido varias denominaciones de deuda que, si para su conversión se mantenían, ya no se emiten al mercado con títulos de diversa índole. Van extinguiéndose con rapidez las acciones de carreteras, canal de Lozoya y deuda del material, pero esas ventajas, que en un porvenir próximo darán innegables resultados, se compensan fatalmente ahora con las emisiones de obligaciones de ferrocarriles y con la necesidad de acudir al crédito para consolidar la deuda flotante del Tesoro y los déficits de presupuestos, interin no se desarrolle la prosperidad pública como fecundo resultado de la libertad y de la abolición de las trabas fiscales que las Cortes procurarán en el presupuesto de ingresos.

Gastos hay cuyo desenvolvimiento señala algún grado de prosperidad en medio de tanta desdicha, y que deben figurar necesariamente en el presupuesto sin temor de que el contribuyente se alarme, tales como los de correos y telégrafos, los de carreteras y ferrocarriles, los de navegación y riegos, los de alumbrado de nuestras costas y construcción de puertos, y los de la Guardia civil, que envuelve un aumento de seguridad pública.

Comparado el coste que tales atenciones exigía en 1855 y el que se presupone para 1869-70, representa una suma en aumento de 89.565.828 reales. Los correos y telégrafos, con la rebaja sucesiva en el precio de las cartas y de los despachos, cubren casi la totalidad del gasto que imponen, y la economía en él no la querrá seguramente ningún español que se precie de civilizado, ni querrá apagar los faros que alumbran nuestras costas y que impiden se estrellen nuestros buques que con el derecho de descarga pagan la parte proporcional necesaria a servicio tan importante. Dejaremos de conservar las carreteras antiguas y las construidas desde 1855 cuando con inmensos afanes se pide la construcción de otras nuevas, porque el país comprende la importancia de los medios de comunicación? Consideraciones análogas ocurren respecto a los puertos, la Guardia civil y demás medios de civilización que el país reclama; y si por reducciones mal calculadas se pretiese de economías se amenazarán estos servicios, que a estar mas desahogados deberíamos desarrollar, convirtiéndose la economía en pérdidas sensibles y gastos incalculables que pesarian sobre los presupuestos sucesivos, según aconteció en 1855, y se reproduce ahora respecto a carreteras, que abandonadas en su conservación y reparación durante años enteros hay que atender a ellas, como no se pretenda el absurdo de que desaparezcan.

Las rentas públicas de aduanas, sello del Estado, sal, tabaco y loterías han dado mayores ingresos desde 1855; pero a la par han exigido mayores gastos para que fuesen reales y positivos tales aumentos, y el estado núm. 3 revela este resultado. Para mayor movimiento mercantil es indispensable mayor número de aduanas y algunos empleados más en ellas: requiérese mayor elaboración de sal, mayor cantidad de tabaco adquirido y gastos de jornales, operarios y arrastres que se justifican por sí mismos. Ciertamente que en tales materias una administración previsora y moral puede obtener resultados superiores a los alcanzados sin que el coste de producción deba subir en una proporción constante, pero es de toda evidencia la necesidad del aumento de gasto, y que este figure en el presupuesto al cabo de otros años con una cifra que no puede causar extrañeza al contribuyente, porque es la expresión de necesidades satisfechas y que en su mayor parte no imponen al individuo un sacrificio obligatorio, no cuando por abusos remediables aumentan los gastos, sino cuando estos gastos crecen por el desarrollo natural que experimenta el consumo a consecuencia, bien de la prosperidad de la nación, ó del menor precio que se fije a los servicios ó de los artículos, cuyo monopolio conserva el Tesoro.

Otros gastos deberán desarrollarse necesariamente con la prosperidad pública. La instrucción que las generaciones jóvenes necesitan en todas las formas posibles, las comunicaciones con las provincias ultramarinas, la construcción de canales de riego para nuestros sedientos campos, las granjas-modelos, las colonias agrícolas, son necesidades que la civilización demanda con urgencia suma, y que estrechados por la necesidad no podemos hacer figurar en el presupuesto de 1869-70 con la extensión debida, siendo así que de ello han de nacer raudales de riqueza moral y material, elevando la condición del individuo a ciudadano, y procurándole medios para que contribuya al Tesoro con mayores sumas y con menor gravamen del que actualmente sufre.

Reunidas en un guarismo las diversas partidas comprendidas en las categorías anteriores, observase que la suma del irreducible en el presupuesto próximo se eleva a 1.869.924.160 rs., quedando para todos los demás servicios públicos la de 1.117.160.750, y aun dentro de ella es muy de

notar que la totalidad de los sueldos de los funcionarios públicos en los diversos ministerios asciende, según el estado número 4, a 204 millones de reales, y con todos los aumentos posibles de gratificaciones, escribenes, porteros, mozos y material de oficinas a 412 millones.

La sabiduría de las Cortes comprenderá desde luego que el clamor general para que en este punto se reduzcan los gastos públicos, sin dejar de ser justificado en cuanto a la sistemática organización del servicio que puede experimentar notables mejoras y reducciones, es exagerado en grado sumo respecto al límite de las economías que en el personal pueden hacerse. A buen seguro que la funesta plaga de la empleomanía no puede atajarse con la movilidad de los destinos públicos y con la influencia que la política ejerce sobre ellos en detrimento de la administración; pero la ley de empleados que las Cortes tienen podrá curar semejante mal en lo futuro y contenerlo en el presente, mas no remediarlo de improviso ni alcanzar por este camino el alivio pronto que el país ansiosamente desea. Las memorias con que cada ministro justifica su presupuesto respectivo acreditarán a las Cortes el ardiente celo con que han sido redactadas en medio de las continuadas y gravísimas atenciones a que ha debido acudir, el Gobierno provisional primero, y después el Poder ejecutivo, no dudando ni por un momento que merecerá la aprobación de las Cortes la suma no despreciable de economías hechas en conjunto por todos los ministerios, y que asciende a 157.693.050 rs.

Los gastos reducibles en un porvenir próximo son las cargas de justicia y las clases pasivas. Las primeras figuraban en el presupuesto corriente por 45.438.230 rs., y en 1855 por 13.585.733. El ministro de Hacienda actual las ha reducido para el presupuesto próximo a 12.833.700, es decir, en 2.594.530 menos que el año anterior, y 732.033 menos que en 1855. De esta disminución 1.010.827 corresponde al mayorazgo-infanzago creado en un interés dinástico a favor del abuelo de D. Sebastián de Borbon, mayorazgo que ha debido desaparecer con la dinastía caída. Los 1.333.703 restantes figuraban por cargas cuya justificación no se había podido conseguir de los mismos interesados en ellas durante un período de 14 años, a pesar de la revisión que las Cortes Constituyentes habían acordado. Procedía por tanto una eliminación que en nada embarga su derecho, si lo tienen, aquellos a quienes incumbía acreditarlo. Nuevas reducciones van verificándose con escrupuloso cuidado; y cuando están depurados todos los expedientes, las Cortes en su día podrán apreciar la conveniencia de incluir en la deuda pública el pago de las rentas que las cargas incuestionables representan.

Materia de discusión, de lamentos y dolores es el capítulo de clases pasivas, que por una serie no interrumpida de sucesos ha ido creciendo más allá de lo que conviene a los intereses públicos; pero los derechos privados que representa, los legítimos títulos que a la consideración del país tienen bravos militares sostenedores de la honra de la patria, dignos funcionarios encañecidos en el servicio del Estado y las vidas y huérfanos de unos y otros, así como los exigios restos de instituciones monásticas que tuvieron una razón de ser en pasados tiempos y cuyos bienes fueron a poder del Estado, imponen respeto al más audaz reformador, tanto como como compensación por los desgraciados que, con escasas pensiones, prolongan su existencia. Lo que no es defendible por manera alguna son los abusos que para favorecer indebidamente pretensiones ilegítimas han podido introducirse en la concesión de pensiones injustas, en la percepción maliciosa y prolongada de quines no podían ya cobrar y que, a la sombra de una administración que no levanta la cifra del presupuesto a un punto insostenible, como lo demuestra el hecho mismo de que las cantidades asignadas no han bastado para cubrir los pagos definitivamente realizados, excediendo de 5 a 7 millones todos los años sobre la suma propuesta.

En 22 de Octubre del pasado año dictó el ministro que suscribe un decreto para someter a revisión todas las pensiones no militares con el decidido propósito de disminuir los perjuicios que lamenta; pero la revisión no puede dar su fruto inmediatamente, si bien contiene ya el desbordamiento que amenazaba. Sin embargo, es preciso fijar la cifra de 167.674.810 rs., porque aun cuando hayan disminuido mucho los abusos, compensan el resultado las infinitas traslaciones de pago a la Península de las pensiones satisfechas hasta ahora en Ultramar, a consecuencia de los sucesos allí ocurridos y del estado precario de sus rentas.

Todas las obligaciones por clases pasivas civiles en el presupuesto que se calcula, son inferiores en 3.291.262 rs. a los créditos que exigieron en 1855, y aun es de notar que por el concepto de cesantías han disminuido el guarismo desde aquella fecha en 4.500.000 rs.; pero los retirados de Guerra y Marina y el Monte-pío militar han tenido un aumento incesante que ha superado las economías realizadas en la parte civil; de suerte que es indispensable fijar en las Cortes su soberana atención sobre este punto cuyo remedio es urgente, pero cuya conveniencia puede ser apreciada de diversa manera en las circunstancias actuales.

La transformación de los medios tributarios puede reducir el presupuesto de gastos próximamente, como ha sucedido ya con los consumos, puesto que puede recaudar una cantidad igual y hasta superior sin necesidad del gran personal destinado a velar a su recaudación, para la recaudación de aquel impuesto odioso. Lo mismo puede acontecer con el desestanco de la sal, pero no con el del tabaco, porque aun cuando se verifique y se refunda en la contribución de aduanas, lo elevado del derecho que el Estado debe percibir obliga a una vigilancia constante y de numeroso personal para que sea eficaz y considerable el rendimiento.

Economías hay de índole distinta, cuya conveniencia está sujeta a apreciaciones muy diversas, y que solo las Cortes pueden resolver con su prudencia y soberanía para sobreponerse a intereses de localidad muy respetables, que durante la época del Gobierno provisional hubieran suscitado embarazos y enemigos a la revolución, y que en el período constituyente, producto del sufragio más vasto y más libre que la España ha conocido, será respetado y acatado desde el momento que obtenga la sanción solemne de las Cortes.

Entre esas reformas se discute la conveniencia de reducir el número de provincias civiles, el de diócesis, el de Audiencias, el de Universidades y el de algunas instituciones administrativas que lleven consigo necesariamente la disminución de la importancia de muchas localidades; reformas que si por el momento pueden producir una economía material que en ningún caso cierre la sima del déficit, por el contrario, causen en lo sucesivo la disminución de la riqueza pública y de la fuerza

tributaria de los pueblos que sufran los efectos de la reforma subordinada únicamente al hecho rentístico, en vez de adaptarse a la necesidad pública, a la esencia de la institución y modo mejor de desenvolverla y darle satisfacción cumplida.

¿Cómo puede salvarse la situación excepcional de la Hacienda entre un ingreso de 2.141 millones de reales y 2.987 que importan los gastos? El examen general hecho en la presente exposición de las diversas agrupaciones y naturaleza de los servicios indica, a juicio del ministro de Hacienda, que sea cual fuere el límite de las economías que la decisión, la prudencia, la sabiduría y la voluntad soberana de las Cortes Constituyentes apliquen a la nivelación del presupuesto, no podrá lograrse en el próximo ejercicio; y si no temiese pasar por osado, cuando solo pretén consignar sus propias convicciones ante las Cortes y el país, se atrevería a consignar que la nivelación verdadera solo podrá alcanzarse dentro de tres años con la consolidación de la revolución, el espíritu levantado de las Cortes y una decisión estrema; tanto como una vida trabajosa por parte de los que rijan el departamento de Hacienda durante ese período para no apartarse un ápice de las prescripciones legislativas sobre presupuestos.

Esta convicción la forman consideraciones de diversa naturaleza que tiene la honra de someter a las Cortes. Es la primera la ley de crecimiento que han tenido los ingresos desde 1855 hasta 1865-67, y al par el desproporcionado desarrollo de los gastos en el mismo período.

Los ingresos realizados en 1866-67	2.397.269.400
Y los de 1855	1.491.497.917
Diferencia en más de....	905.771.483

ó sea un aumento anual en los 12 años de 75.480.956 rs.	
Los gastos satisfechos en 1866-67	2.636.370.307
Y los de 1855	1.452.401.735
Diferencia en más de....	1.183.968.572

ó sea una diferencia anual de reales 98.660.464.	
--	--

De modo que si los servicios públicos se hubiesen encañecido dentro del límite de la prosperidad de los ingresos, no hubiéramos llegado a la acumulación de déficits ordinarios y extraordinarios de distinta índole que en el mismo espacio de tiempo estudiado asciende a la enorme cifra de reales 5.289.367.105, y que uniendo los anteriores a 1855 con los posteriores hasta el presupuesto vigente, suman 5.975.923.056 rs., que han debido consolidarse ó satisfacerse con creaciones sucesivas de deuda consolidada, billetes hipotecarios, bonos del Tesoro y los 698.847.470 rs. pagados en efectivo y fuera de todo presupuesto a los imponentes de la Caja de Depósitos desde 15 de Noviembre de 1863 a 30 de Noviembre de 1868, sin que fuese posible por sola esta causa, cuando no hubiese otra, ninguna ordenación en los gastos, ni que en manera alguna se cumplieren las prescripciones legislativas en la materia.

Pero estos mismos antecedentes demuestran que si en épocas de malestar, de prosperidad ficticia en la vida pública, el simple aumento de la población y el desarrollo de la desamortización y de los ferrocarriles han aumentado la capacidad tributaria del país en 75 millones anuales, no es aventurado creer que, restablecida la calma, abiertos nuevos horizontes, rotas las cadenas del pensamiento y las trabas del trabajo, sobre los 2.397 millones obtenidos en 1867 pueda fijarse un aumento anual de 100 millones de mayores ingresos para el presupuesto inmediato de 1870-71, y conteniendo los gastos dentro del límite actual ó inferior al mismo, ejerciendo su acción propia y bienhechora la administración en los que son reducibles, es muy fácil no traspassar la valla de los 3.000 millones; de suerte que el déficit para el segundo año posterior a la revolución quede reducido a 600 millones y a menos de 500 en el tercer año, cifra completamente soportable, si no es desahogada, para poder conllevarla con la deuda flotante del Tesoro y llegar a una situación, ya que no venturosa, fácil de dominar en breve período.

Pero entre tanto, cómo se salva la dificultad urgente, apremiante, inexorable como la fatalidad, que se impone a nosotros en el presupuesto inmediato? El ministro que suscribe, que no debe ocultar nada ante el país y ante nuestros acreedores, dirá también su pensamiento con franqueza y con la seguridad de que la verdad produce, no el desaliento, sino el decidido empeño de vencer dificultad tan alta; y si no acierta en el camino que señala, obtiene por lo menos el resultado de que no se marche por senderos escabrosos, y que otras inteligencias encuentren soluciones más atinadas.

Imponer al país contribuciones extraordinarias, que en una ó diversas formas cubriesen la totalidad del déficit, sería en la actualidad exigir un imposible después de las grandes carestías y males que se han indicado ya al presentar el presupuesto de ingresos, cuando el mismo país pide con razón y justicia alivio en las cargas públicas, y cuando es indispensable la transformación para muchas contribuciones, rentas é impuestos para que la producción sea fecunda en vez de quedar ahogada por la acción fiscal, y crezcan las fuerzas tributarias de los ciudadanos a fin de que en un porvenir próximo puedan con holgura y menor sacrificio alcanzarse mayores rendimientos. Luego por este camino no puede llegarse a la nivelación del presupuesto.

Disminuir el desnivel en cantidad considerable, puede, sin embargo, conseguirse por el estado actual del Tesoro público.

En 30 de Setiembre de 1868 la deuda flotante era de reales.....	1.725.000.744
Y en 30 de Abril de 1859 ha quedado reducida a.....	366.240.578
ó sea una diferencia de.....	1.358.760.166

que ha pasado a ser deuda consolidada ó amortizable, y al finalizar el ejercicio ha de desaparecer, puesto que existen en cartera 750 millones en bonos del Tesoro que pueden producir en efectivo 560 millones según las negociaciones que en su caso tendrá la honra de someter a las Cortes el Poder ejecutivo. Cabe, por consiguiente, prometerse el gobierno, un saldo, en los seis meses que queda abierto el ejercicio, de 80 millones aplicable a cubrir igual cantidad del déficit del año próximo, con la diferencia de los 920 millones en que está calculado el del año actual y los 1.000 millones decretados por las Cortes para dicho objeto, y si se realiza una operación sobre efectos de propiedad del Estado, no es aventurado cálculo el de obtener

400 millones mas, quedando reducido el déficit a 580 millones que acaso obtenga menores proporciones con la anulación de créditos sobrantes, según demuestran las cuentas generales del Estado desde 1850 a 64; que por un año término medio puede estimarse en 86 millones de reales; pero no halagando engañosas ilusiones debe apreciarse el déficit definitivo en 600 millones.

Este déficit, por ahora difícil de enjugar, unido al que sin pretensiones de infalibilidad calcula el ministro de Hacienda para el presupuesto siguiente de 1870-71, habrá de cubrirse todavía con alguna operación de crédito que podrá realizarse en condiciones mejores que las actuales, y que por las simpatías que la España ha despertado hoy en Europa se negocie dentro y fuera del país, merced a las mayores garantías y esperanzas legítimas que el crédito desengañado y que los mayores rendimientos del Tesoro público justifican.

Naciones nuevas a la libertad, como Austria é Italia, autorizan tales conceptos: abrumadas como se hallan por déficits muy superiores a los nuestros, por ejércitos permanentes cuatro y seis veces mayores, y por la circulación forzosa de billetes fiduciarios de que afortunadamente estamos libres y que con decisión enérgica alejó de este país el gobierno provisional cuando mas amagados nos hallábamos de semejante peligro a que inconscientemente le empujaban, si no los sucesos, personas llenas del mayor celo, pero llenas también del error en que han caído muchas revoluciones.

Sin embargo, Austria é Italia no han pretendido engañarse a sí mismas con una nivelación ficticia desde el primer año de su nueva vida. Han calculado la extensión del sacrificio que les imponía el instintivo bien de la libertad alcanzada, y se preparan a recoger el fruto de su perseverancia en un porvenir que justifican ya los progresos obtenidos en la riqueza pública por la prosperidad visible de la privada.

Para los individuos, el año que pasa parece un siglo para las naciones, para los legisladores, el año económico es un momento de dificultad. Apreciar ese momento y esa dificultad; calcular su extensión y dominarla es un deber al que no faltarán los que han sabido dar muestra de sí mismos en la época mas grande que registran los anales de la historia de España, y no desfallecerá el ánimo de los que han acometido empresa tan magnífica como aventurada ante los estrecheces de una pobreza transitoria por la inmensidad de riquezas morales y materiales que el porvenir nos prepara.

Fundado en estas razones, el ministro que suscribe tiene la honra de someter a la deliberación de las Cortes el siguiente

PROYECTO DE LEY.

Artículo 1.º Los gastos de todos los servicios del Estado durante el año económico de 1.º de Julio de 1869 a 30 de Junio de 1870 se presuponen en la cantidad de 2.987.401.735 escudos, distribuidos por capítulos y artículos según el adjunto estado núm. 1.

Art. 2.º El Poder ejecutivo queda facultado: Para capitalizar en deuda pública las pensiones de clases pasivas no sujetas a alteración ni transmisión.

Para uniformar la legislación de todos los montepíos civiles y militares, quedando reducidos a una sola clase y con reglas iguales aplicadas exclusivamente por el tribunal de clases pasivas.

Para restablecer en el momento oportuno las leyes de retiros militares dictadas en 28 de Agosto de 1841 y 22 de Febrero de 1859.

Art. 3.º La ordenación de los pagos para obligaciones de todos los ministerios se centraliza en el de Hacienda, bajo la responsabilidad del director general del Tesoro público.

Art. 4.º La gestión económica de las provincias en todos sus ramos queda confiada al administrador de rentas. Los gobernadores civiles dejarán de ejercer las funciones de ordenadores de pagos que han tenido hasta ahora, conservando la autoridad superior y vigilancia que les corresponde sobre toda la administración provincial.

Art. 5.º La contabilidad general del Estado dependerá desde 1.º de Julio próximo del ministro de Hacienda, el cual será jefe superior de ella. Los demás ministros conservan la facultad de declarar los derechos por los servicios de sus respectivos departamentos dentro de los límites de la cantidad señalada en el presupuesto de gastos. Si atenciones urgentes y de preferencia reconocida exigen mayor suma de la comprendida en aquellos créditos, podrá hacerse la declaración del derecho, previa instrucción del oportuno expediente en que se consigne dicha circunstancia y el importe de la cantidad requerida para cubrir el servicio sobre el crédito concedido en presupuestos. Estos expedientes se acompañarán originales a toda petición de crédito supletorio ó extraordinario que se haga a las Cortes. Las anticipaciones de pagos y pagos en suspenso deberán acordarse en Consejo de ministros y formalizarse durante el ejercicio del presupuesto a que correspondan.

Art. 6.º La Dirección general de contabilidad ejercerá la intervención en la entrada y salida de caudales en las cajas del Tesoro, y los documentos que para ello espida lo serán a la vez. También llevará las cuentas de los presupuestos de ingresos y gastos para que se redacte mensualmente el proyecto de consignación por provincias de lo que se calcule haya de recaudarse y el de distribución de las obligaciones que deban satisfacerse.

Art. 7.º Se refundirán en la Dirección general de contabilidad las oficinas y negociados de dicho ramo que existan en los demás ministerios, dejando a cargo del ministro de Hacienda el verificar gradualmente la supresión para que los servicios no sufran perturbación que lastime los intereses del Estado.

Art. 8.º El ministro de Hacienda procederá a la organización de un cuerpo de contabilidad que se regirá por un reglamento especial.

Art. 9.º El ministro de Hacienda adoptará las medidas oportunas para que por todos los ministerios se proceda a inventariar y valorar los bienes del Estado de cualquier clase que sean, de modo que pueda llegar a conocerse con certeza el activo y el pasivo del Tesoro público. Adoptará también las medidas necesarias para que desde 1.º de Julio se lleve por todos los ministerios cuenta corriente del material y efectos que por cualquier concepto posee el Estado.

Art. 10. Los contratos que en lo sucesivo se verifiquen por todos los ministerios y que produzcan obligaciones contra el Estado deberán contener precisamente los plazos en que hayan de hacerse los pagos, y en los expedientes instruidos para la subasta del servicio ó su ejecución por administración constará que existe crédito suficiente dentro del presupuesto para verificar el pago. Cuando las obras sean de gran importancia, y

terminación y pago hayan de tener lugar durante el ejercicio de varios presupuestos, se oía en los expedientes respectivos al ministro de Hacienda para que con su acuerdo se fijen las sumas que en cada año económico hayan de satisfacerse.

Madrid, diez y siete de Mayo de mil ochocientos sesenta y nueve.—El ministro de Hacienda, Laureano Figuerola.

Acampa a los presupuestos un estado de gastos reducidos e irreducibles y otro expresivo del número de empleados de cada uno de los departamentos ministeriales, resulta que estos son 30,185 individuos, distribuidos en la forma siguiente:

Presidencia del Consejo de ministros, 577; ministerio de Estado, 260; ministerio de Gracia y Justicia, 1,337; ministerio de la Guerra, 43,784; ministerio de Marina, 2,523; ministerio de la Gobernación, 3,319; ministerio de Fomento, 3,623; ministerio de Hacienda, 4,717; ministerio de Ultramar, 45.

CORTES CONSTITUYENTES.

PRESIDENCIA DEL SR. RIVERO.

Extracto de la sesión celebrada el día 19 de Mayo de 1869.

Abierta a la una y cuarto, y leída el acta de la anterior por el señor secretario Carratalá, fué aprobada.

ORDEN DEL DIA.

El señor PRESIDENTE: Continúa el debate pendiente sobre el proyecto de Constitución.

El Sr. Ulloa tiene la palabra para alusiones personales.

El Sr. Ulloa rectificó las equivocaciones en que incurrió el Sr. Figueras, contestando al mismo tiempo a las alusiones que se le han dirigido.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Sanchez Ruano tiene la palabra para una alusión personal.

El Sr. SANCHEZ RUANO: Señores diputados: un deber político, desagradable por cierto, pero también imprescindible, me hizo pedir ayer la palabra cuando tuvo la bondad de aludirme personalmente con insistencia el Sr. D. Gabriel Rodríguez, subsecretario de Hacienda dimisionario, compañero de fatigas y glorias del Sr. Figuerola.

Y siento que a aquel primer deber que yo llamaba político se haya añadido otro deber que llamare de cortesía. Deber político por una alusión referida a lo pasado; deber de cortesía por lo que pudiera referirse a lo futuro.

Siento además que contra mi propósito haya de terciar, siquiera sea por breves instantes, en estos debates solemnes. Yo creo que los señores de los bancos de enfrente (los de la mayoría) son incorregibles; yo los he declarado impenitentes; y por lo que a mí hace, he decidido no dirigirlas por ahora ningún linaje de observaciones. Tiempo vendrá, y no tardará mucho, en que los desengaños serán vuestros, y entonces las amarguras y los infortunios los habréis de compartir con nosotros. Para entonces os espero.

Y voy a la alusión. Decía el Sr. Rodríguez: «Nadie sino nosotros tiene fuerzas, tiene prestigio, tiene capacidad para llevar a término cumplido todos los principios, todas las conquistas de la revolución de Setiembre; nadie sino nosotros. En frente veis lo que hay. El partido federal, que ni es partido ni es escuela; el partido unitario, que ni es escuela ni es partido.»

En primer lugar, el Sr. Rodríguez, que es persona de lógica, debe comprender que no es razón de ninguna especie el que haya muchos o pocos en número que defiendan una doctrina, para convencer de que es verdadera o de que es falsa, según sea mayor o menor el número de los que la defienden.

No es, pues, razón el que haya uno ó el que haya dos que defiendan unas doctrinas, para pretender deducir de esto que no pueden llevarse a las esferas gubernamentales. Pero hay más todavía. El partido republicano, el antiguo partido republicano, ¿no es partido? La escuela democrática, la antigua escuela democrática, ¿no es escuela?

Pues si ese partido es partido y esa escuela es escuela, esos unitarios a que S. S. se refiere la mantienen íntegramente como partido.

No eran pasados quince días desde que se había trabado el combate seriamente, y ya estaba conmigo, no conmigo, con la razón que yo defendía, con la verdad que estaba en lo que yo había sustentado, la mayor parte, la inmensa mayoría de los republicanos, y en el año de 1865 por medio de un célebre manifiesto, y en el año 66 en la última reunión del comité, quedó consagrado, quedó plenamente garantido cuanto he sostenido durante algunos días contra la corriente general.

Precisamente la solución de aquellos manifiestos, la solución de aquellos comités es la que hoy con lógica, hoy con más razón, o por lo menos con tanta como entonces, sostienen esos unitarios, y en espíritu y en verdad, créalo el Sr. Rodríguez, sostienen con ellos todos los republicanos españoles. (Aplausos.)

Si había aquí el espíritu de reacción que decía en un momento de sorpresa y de alucinación, ¿cómo fácil en oradores de tanta fantasía como el señor Rodríguez, yo comprendo que reacción había también en todo caso en ese grupo. Pero no es reacción, Sr. Rodríguez, sino *anacronismo*; y puesto que en esos bancos se perfecciona con tanto esmero el cultivo del habla castellana y la propiedad del lenguaje, podía haber consultado previamente a S. S. si era lo mismo decir anacronismo que reacción.

En cuanto a mí, he de decirlo con franqueza: descentralización administrativa completa y absoluta hay en Inglaterra; independiente es allí el municipio y el condado. ¿Se cree que con esa independencia del condado y del municipio se den por satisfechos los amigos de la descentralización dentro del partido republicano? Pues yo la acepto. ¿Se cree que es precisa la federación para la unión de España y Portugal? Pues en ese sentido la acepto también; y no solamente acepto esa federación en ese sentido, sino que la aceptaría tanto con la república como con la monarquía, aunque naturalmente no con tanto gusto con la monarquía como con la república.

Voy por fin a hacer una explicación. Alguno de mis amigos ha dicho desde aquí que, una vez venido el rey, se cruzará de brazos, y nuevo Aquiles, se retirará a su tienda a llorar y a devorar en silencio las injurias recibidas, refiriéndose sin duda a la pérdida de aquella hermosa Brisisa, la más bella de las esclavas, que le arrebató el rey de los Aqueos.

Yo sé también Aquiles, pero no quisiera imitarle en cuanto a devorar ese dolor por el robo de la bella esclava, sino que imita a Aquiles que cuando al tener noticia de la muerte de Patroclo, sale airado de su tienda y lleva el espanto y la muerte a las huestes enemigas.

El Sr. RODRIGUEZ: Tiene pedida la palabra para varias rectificaciones y alusiones, y sabiendo que el Sr. Castelar había de aludirme, me proponía esperar a que este señor diputado hablase; pero se han repetido tanto las alusiones, que me veo precisado a contestarlas antes de que pueda caer en el olvido.

Preguntaba el Sr. Sorni que de dónde venía yo, sin considerar que cuando yo dirigía una pregunta análoga a los republicanos, esta era independiente de los errores que pudiera yo haber cometido. De todos modos, yo puedo decirle que vengo de la provincia de Ciudad Real con veintiséis mil votos; que vengo de defender la libertad contra el Sr. Sorni que sostenía la democracia cuando se hallaba corrompida en el socialismo.

El que yo haya sido cuatro meses subsecretario nada tiene que ver con la cuestión que se debate; y aprovecho esta ocasión para decir que considero como una honra haber estado ese tiempo al lado

del Sr. Figuerola, que ha prestado grandes servicios a la revolución.

Nosotros hemos creído que todo partido debe tener dos programas: uno en que se encuentre consignado su ideal, y otro en que se determine lo que puede llevarse al terreno de la práctica en el momento histórico que atravesamos, de consiguiente, en nada hemos variado, y una vez aprobada la Constitución, estaremos en el radicalismo que quiere el desarrollo de todas las libertades.

El no haber estado presos ni perseguidos, lo cual es una desgracia, nada significa, y aunque por lo que hace a las persecuciones algo podría decir, yo no alegaré jamás ciertos méritos cuando se discute sobre la justicia y el derecho, limitándome a manifestar que hemos trabajado por la revolución, que hemos contribuido a prepararla.

Yo no he dicho que la opinión que se ve sustentada por pocos no es una verdad; toda vez que no puedo desconocer que la verdad principia a ser siempre sostenida por una minoría, va ganando terreno, y por último, consigue hacerse reconocer por todos. Aquí no se trataba de ver si la idea era o no una verdad, sino de si el país estaba en disposición de admitir lo que S. S. proponen, o si por el contrario lo rechazaba.

Para concluir, debo manifestar que no hay contradicción alguna entre defender la federación como procedimiento político progresivo y combatirla cuando se considera como procedimiento reaccionario, pues no es lo mismo tomar unidades, que es el procedimiento progresivo, para crear colectividades, que tomar la unidad creada, y esta es el procedimiento reaccionario para dividirla.

El Sr. FIGUERAS: Renunciaria a rectificar y contestar a alusiones, si no fuera porque se refieren también al partido a que pertenezco, y no pueden por esta razón pasarse en silencio. Las alusiones más importantes vienen del Sr. Olózaga.

Hablando ayer del cargo que dirigí S. S. al partido republicano increpándole al decir que donde estaban los quinientos mil republicanos de que tanto se ha hablado cuando los acontecimientos pasados, se recordará que yo le contesté que ese mismo cargo lo dirigía a todo el país; pero S. S. ha eludido la respuesta diciendo que se hallaban en París trabajando por la coalición que algunos individuos de la minoría combatían; y S. S. tenía la habilidad de atribuir al partido progresista el trabajo que él solo hacía, pues sabe muy bien trabajar en favor de las coaliciones, aun a costa de la división de su propio partido. También atribuía con su modestia habitual al partido progresista los trabajos que hizo durante la época de mando del señor duque de Tetuan, de los que no sé si tendrá completo conocimiento el señor general Prim, a quien entonces no daba la primicia.

Dice S. S. que no fué él solo el que hizo aquello, sino el partido político a quien representaba; pero sin duda padecía entonces una equivocación, porque el partido progresista protestó, del mismo modo que lo volvió a hacer en otra ocasión cuando en los Campos Elíseos quiso el Sr. Olózaga jubilar a un ilustre patriota que se encontraba pacíficamente en Logroño.

También decía S. S. que era aventurado llamar ridículo al proyecto de regencia, a una solución semejante a la que se dió en Bélgica en circunstancias análogas a las que hoy nos hallamos; pero al hablar así el Sr. Olózaga, no nos decía más que la mitad de la verdad. S. S. callaba la parte de la verdad que no le convenía, y es que en Bélgica se nombró regente al presidente de la Cámara.

Respecto al Sr. Rodríguez, diré a S. S. que no considero que estamos en la obligación que S. S. indicaba al censurarnos porque nos pareíamos detrás de los derechos de las minorías para no decir nuestro pensamiento.

Por lo demás, la teoría del individualismo puro que ha sostenido S. S. es la más grande utopía que ha podido defenderse. Según S. S., lord Gladstone, que ha hecho el primero en Inglaterra al Estado contratista, sería un réprobo.

No tengo más que rectificar.

El Sr. GARCIA RUIZ: Señores: me levanto a cumplir el deber sagrado, pero penoso, de defender a mi partido atacado por el Sr. Olózaga. Le ha inculcado S. S. diciendo que nada ha hecho por la última revolución. (El Sr. Olózaga: No lo dije por S. S.) Es igual para mí; si yo he estado en París trabajando en pró del movimiento, mis amigos aquí han hecho lo que era de su deber.

Que no ha hecho nada mi partido por la revolución de Setiembre el Sr. Olózaga, eso es un error, al mismo tiempo que una injusticia. En 1866, unidos progresistas y demócratas, se acordó que mi amigo el general Prim fuera a Valencia, donde debía establecer un movimiento el 30 de Abril, habiendo yo recibido el encargo de ir a Zaragoza.

Viene Enero del 66; yo no sé lo que entonces hizo el Sr. Olózaga; pero sé que trabajaron juntos los partidos progresista y democrático, de lo cual hay testigos en esta Cámara; y si la fortuna no fué propicia al general Prim, no fué por falta de ayuda del partido democrático.

Entre tanto el Sr. Olózaga estaba en Francia, no como emigrado, volviendo después a España, donde vivió tranquilamente hasta que tuvo que marcharse de nuevo con motivo de una causa que se le formó.

El Sr. SORNI: Ha incomodado al Sr. Rodríguez que yo le preguntara de dónde venía; pregunta que es muy natural que se haga a los que pueden influir en la dirección de los negocios públicos; pero S. S. no ha podido menos de confesar, sin embargo, que no es político, sino economista.

Decía S. S. que venía de Ciudad Real; no es muy largo el viaje; más lo es el nuestro que arranca de 1833. Y en cuanto a los servicios y lo que dijo S. S. de no haber prestado ninguno, yo puedo decir que tampoco he tenido ocasión de prestarlos en las oficinas del Estado; quizá puedo haber hecho alguno en otro terreno.

El Sr. OLOZAGA: Había resuelto no volver a contestar a las alusiones personales; pero ya que el Sr. García Ruiz me obliga a levantarme, diré el Sr. Figueras que respecto a los sucesos de 1843, me refiero siempre a lo que dije anoche, dejando al tiempo el examinar quién tenía razón, pues obrando todos de buena fe, nadie puede en particular asegurar quién acertaba o quién erraba.

Al Sr. García Ruiz, que parece haberse convertido en cronista oficioso mío, según la exactitud con que lleva la nota de mis viajes, debo decirle, sin entrar tampoco a juzgar los sucesos que ha recordado S. S., porque no creo conveniente esa revista retrospectiva, que se ha equivocado al creer que me dirigía a él en particular al hablar de los que han contribuido y los que no han contribuido a la revolución de Setiembre. Lo que yo dije fué que hasta Agosto de 1867 todos estábamos unidos, pero luego hubo algunos que se separaron, no siendo entre ellos S. S.; queriendo proclamar desde luego la república.

Suponía S. S. que yo había declarado al general Prim que no tomaría parte en la revolución sino bajo la bandera de D. Fernando de Portugal. Ciertamente que no será el general Prim quien ha informado a S. S. con tanta inexactitud.

Yo tengo el valor que debe tener todo hombre honrado, además del valor cívico, como lo he demostrado en muchas ocasiones, y no me falta la resolución necesaria para sostener las opiniones que puedan ser más impopulares, ni para volver por mi honra, que es lo que más estimo sobre la tierra. Por fortuna esta honra está tan a cubierto de todo ataque, que habiendo pasado por situaciones muy terribles, no ha habido un solo enemigo que se atreva a mancharla; y quien ha podido en España y fuera de España pasar por hombre de más verdad que la que se dijera en los sitios más elevados, tiene la ventaja de hacerse respetar de todos los calumniadores. No digo más.

El Sr. GARCIA RUIZ: No comprendo a qué fin ha dicho el Sr. Olózaga que tiene valor, que ha

estado armado y ha mandado diputados armados, pues nada he en mis palabras que diera motivo a esa manifestación de S. S. Por lo demás, quedo satisfecho de su explicación sobre no haber amenazado a mi partido, y doy gracias a S. S. por mí y en nombre de mis amigos.

El señor VICEPRESIDENTE (Moncasi): El señor Alvarez tiene la palabra en pró.

El Sr. ALVAREZ: Señores: tercio en este debate por un compromiso espontáneo, porque creo bastante grave la cuestión que se discute, para decir en ella su opinión un hombre que, como yo, lleva ya muchos años de vida pública. Lo que no ha estado en mi mano evitar es la desgracia de tener que contestar a la palabra insinuante é intencionada del Sr. Figueras; voy sin embargo a seguir paso a paso su discurso, descartando las dos partes relativas a los señores Olózaga y Rodríguez.

Al hacerlo me permitiré que invierta el orden de la discusión y me haga cargo lo primero de las últimas palabras de S. S. Ha hablado el Sr. Figueras de un proyecto de regencia de que tenía noticia por el rumor público, y como a mis oídos también ha llegado algo acerca de esa solución que S. S. ha calificado de ridículo para la Cámara y el Gobierno, debo hacer sobre ello algunas indicaciones.

La monarquía que tratamos de levantar tiene a su favor la tradición, ni el principio hereditario que podía invocar donña Isabel II? El monarca que venga me empezará por prestar juramento de fidelidad a la Constitución que estamos discutiendo? ¿Se puede parecer esta situación a la de 1836?

Continuando su argumentación el Sr. Figueras se rebelaba contra los que desde estos bancos decían que la república era solo la forma de gobierno de los tiempos antiguos. «Aquellos gobiernos», decía, no eran realmente republicanos. Pues si las repúblicas que ahora puedan levantarse no se parecen a las de remotos tiempos, ¿no puede suceder lo mismo con las monarquías?

Lo que sentí en el alma, al comparar el Sr. Figueras las repúblicas con las monarquías de otros épocas, fué que S. S. hiciera tan poca justicia a nuestro país. ¿Qué parte han tenido las repúblicas italianas de la edad media en nuestras memorables jornadas? En la batalla de Lepanto hay dos grandes figuras, las dos de españoles, de héroes: D. Juan de Austria y el manco de Lepanto.

El poder no es una creación legal, no es de la invención humana; es un hecho preexistente, es el complemento de la sociedad humana, es la fórmula práctica de la misma sociedad. ¿Sabeis de dónde proviene el poder? De las entrañas de la sociedad; de allí surge natural y espontáneamente. Se establece, se declara con esta ó la otra combinación; pero crearse, jamás.

Brota, pues, el poder de las entrañas de la sociedad; y ¿cómo? En armonía con todas las tradiciones de lo pasado y con todas las aspiraciones del porvenir; y cuando esto no sucede, el poder no es más que un elemento perturbador. ¿Cómo la monarquía ha de ser contraria al principio de la soberanía, si este consiste en el derecho de gobernar por sí mismo? No hay tal incompatibilidad, ni hay abdicación porque se cree en poder hereditario; porque si así quisiera entenderse, se pudiera sostener lo mismo cuando se nombra un presidente para una república por dos, cuatro ó más años; porque si abdicación hay en lo uno, abdicación ha de haber en lo otro, el más ó el menos no altera la esencia de la cosa.

Pero se decía por el Sr. La Rosa que no podíamos crear un poder hereditario, porque una generación puede tratar para sí, pero no ligar a las venideras en pactos que no han intervenido; esto, en concepto de S. S., sería un abuso del poder. Pues qué, ¿las naciones las constituyen tan solo las generaciones existentes? La nación española, ¿la constituyen los quince ó diez y seis millones de españoles que cuenta hoy en su territorio? ¿No hay más que eso en una nación? ¿No veis que el número se modifica todos los días? Y vosotros que tanto enalteceis la dignidad humana, ¿queréis reducir la nación a una cosa que se cuenta? ¿Con qué derecho reclamaríamos entonces como una herencia las glorias de nuestros mayores? Las glorias son como las familias; reciben esas glorias como un legado que necesitan conservar, y no las forman solo las generaciones existentes, sino las pasadas y las futuras. La soberanía no es del número, sino de las fuerzas vivas de la sociedad; la soberanía se ejerce por medio del sufragio para nombrar representantes, pero no se contradice ni con la monarquía, ni con la república, ni con ninguna otra delegación que obtengan los poderes.

Entendido el principio de la soberanía nacional de la manera que aquí se ha querido explicar por algunos, no se nos hucaría entonces mas que en la fuerza material.

El pensamiento de la revolución de Setiembre fué derribar una dinastía que quería convertir la nación en una sociedad teocrática, luchando con todo lo existente. Este fué su pensamiento, y la verdad es que por instinto la revolución no hizo más que eso. Los que volvían de la emigración y debían estar enterados del pensamiento secreto de aquella revolución, ¿se acordaron de la república?

Pero se dice que gritaron ¡abajo lo existente! Y qué, ¿se quiere suponer que la revolución venía a borrarlo todo y a no dejar rastro de nada en este país? La idea republicana antes de la revolución existía solo en algunas cabezas; con la revolución empezó a tomar cuerpo con una predicación que no censuro ni aplaudo.

Pues no es lo peor esto, y lo que ahora voy a decir va por mi cuenta, si lo que la república sería la forma de Gobierno más fatal con las instituciones democráticas. Recordad la historia de las monarquías; fijos en lo que ha sucedido entre nosotros desde que existe la nación española, desde el tiempo de los godos.

¿Qué significa todo esto? No dice nada esto respecto de lo que es en el fondo este país, y la transformación radical que en él habría que hacer para llevarle hasta la forma republicana? Podrá ser esta una noble aspiración; pero esa forma de Gobierno está en pugna con todo lo que ha sido este país, con todas esas preocupaciones, con todos sus hábitos y tendencias y con toda su manera de ser.

La forma republicana; prescindiendo de estas consideraciones, no es siquiera una institución; es una persona; no es un símbolo como lo es la monarquía, no es una institución. ¿De dónde sacáis vuestro presidente? De las empuñadas políticas, ó militares; le colocáis a la altura del poder, y ¿qué queda? Quis empuñadas a su lado, no como salidos, sino considerando superiores y acochando la ocasión para reemplazar a aquel presidente.

Esto es señores, lo poco que yo tenía que decir. Reasumiendo la monarquía que vamos a levantar no ha de parecerse a las monarquías antiguas; no es la de los tiempos primitivos, ni la teocrática, ni la feudal, ni la de derecho divino; ha de vivir, como nosotros, en tiempos modernos y ha de responder al espíritu de estas sociedades.

Los Sres. Figueras y Alvarez rectificaron.

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): Tiene la palabra el Sr. Orens para alusiones personales.

El Sr. ORENSE: Voy, señores, a hacerme cargo de las alusiones que ayer nos hizo el Sr. Rodríguez. Hace dos meses explicaba el Sr. Castelar las opiniones de S. S. por el método, diciendo que como era profesor lo sacrificaba todo al método. Yo creo que como S. S. es profesor, ha creído que nos podía dar lecciones como a sus discípulos, y no ha reparado que estos no contestan ni discuten, y nosotros sí.

Hay necesidad aquí de desechar las ideas que tienen una contestación fácil y que se conciben con rapidez. A S. S. le viene una idea y la expresa sin más ni más, y esto no debe hacerse. Así es que nos llamaba S. S. retrógrados. Esto solo se puede

decir en chanza, y así lo tomamos nosotros. ¿No ha visto S. S. que hemos aplaudido aquí al señor Echegaray? Pues ¿por qué no sigue su ejemplo?

El Sr. Rodríguez nos quiere encontrar en contradicción, y dice que como se quiere la república, si unitaria ó federal. Pues le repito que nosotros queremos todos, menos dos, la federal; pero que aceptaríamos, como un mal menor, la unitaria, y si hubiéramos podido crearla, desde luego que lo hubiéramos hecho.

El Sr. Rodríguez pintaba la monarquía como una gran cosa, y seguramente lo será para los monarcas; pero yo en este punto recuerdo lo que decía Napoleón a Sieyès; y creo que vamos a traer aquí un sér que no haga más que comer y pasear. (Murmullos y risas.)

Otro argumento contra la república es que no está preparado el país para recibirla. Pero ¿no está preparado para tener los hijos en su casa, para comprar sal y tabaco barato, y para otras tantas cosas?

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): señor Orens, eso es replicar, y no alusión.

El Sr. ORENSE: Pues bien: el Sr. Rodríguez me decía que lo presentaría mi Constitución. Yo se la presentaré, y si solo espera S. S. eso para ser republicano, ya se puede ir preparando.

Ya he explicado yo la Constitución en Octubre, y en ella puede ver S. S. todo mi sistema de gobierno. No digo más.

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): El Sr. Pi y Margall tiene la palabra en contra.

El Sr. PI Y MARGALL: Señor presidente, faltan pocos minutos para terminar las horas de reglamento; yo tengo que ser algo extenso, y desearía que S. S. me reservara la palabra para la noche.

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): S. S. suspende la sesión hasta las nueve de la noche.

Eran las seis menos cuarto.

SESION DE AYER POR LA NOCHE.

Abierta a las nueve y cuarto, se levantó el señor Pi y Margall a consumir un turno en contra del artículo que se discute.

Se hizo cargo de los ataques dirigidos por varios oradores a la forma republicana federal.

Dijo que no era exacto que la idea del federalismo fuese una idea vaga y sin aplicación práctica, toda vez que en nuestros días se realiza en los Estados Unidos y en Suiza.

Indicó también que la unidad española, tal como su señoría supone que la entendían los monárquicos, ni existía hoy ni había existido nunca.

Recordó la historia de los antiguos estados, que reunidos, han formado la nacionalidad española; haciendo notar que aun hoy son diferentes sus hábitos, distintas sus costumbres, y varía y distinta también su forma y hasta su legislación.

Ocupándose después del modo de formarse las federaciones, dijo que para ser tales habían de adquirir forma y desarrollarse de abajo arriba, en lo cual se distinguía esencialmente de la descentralización, que se desarrollaba de arriba abajo.

Después explicó la posibilidad de que en el partido republicano hubiese quienes pensasen de distinto modo en cuestiones secundarias, aceptando como bandera principios comunes.

El Sr. Rodríguez rectificó con alguna extensión, insistiendo en sus primeras afirmaciones, y asegurando que no se había presentado, a pesar de haberla pedido, la Constitución de los republicanos.

El Sr. Pi rectificó, asegurando que la minoría republicana no tenía para qué presentar su Constitución, pues sabido era que de la Asamblea no había de salir votada esa forma de Gobierno.

El Sr. Alvarez rectificó brevemente: no pudimos oírle.

El Sr. Pi contestó a su rectificación.

Se levantó la sesión.

PARTE EXTRANJERA.

DESPATCHOS TELEGRÁFICOS.

LISBOA, 18.—El ministerio ha presentado sus proyectos de Hacienda, que no constituyen un nuevo sistema, pues consisten casi todos en el establecimiento de un aumento sobre los impuestos ya existentes.

Estas medidas no han sido acogidas con entusiasmo por la Cámara.

PARIS, 19.—Las últimas reuniones electorales efectuadas el lunes por la noche han sido tranquilas.

NUOVA-YORK, 18 (por el cable).—El general Grant ha suspendido a Mr. Hale y nombrado al general Sickles, ministro de los Estados Unidos en Madrid.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 20 DE MAYO DE 1869.

EL MÓNSTRUO CONSTITUCIONAL.

Lentamente, con escaso interés por parte del público, con pocas esperanzas por parte de los mismos diputados, la discusión del proyecto constitucional sigue su marcha, como un cadáver llevado en hombros del enterrador.

Los constituyentes están formando un sér híbrido, monstruoso que nacerá muerto, porque no podrá resistir ni un segundo la aspiración del aire libre.

Parece imposible que se haya reunido un gran número de personas formales y algunas instruidas y discretas para perder el tiempo tan lastimosamente en la discusión de un librito inútil por el cual dicen que se regirá España, y que si fuera publicado por algún editor no lo compraría nadie, de seguro.

Pero afortunadamente España no se regirá por tan desatinado libro, porque los pueblos no admiten, ni pueden admitir constituciones impuestas por el capricho de unos cuantos desocupados ó ignorantes, sino las elaboradas por la religión, por el tiempo, por las costumbres y por las circunstancias; y recogidas luego, si es necesario, en forma de código para mejor inteligencia de todo el mundo.

El pueblo español tiene su constitución inmemorial, y la que hoy se discute en las Cortes, lejos de fundarse en aquella se dirige precisamente a destruirla, por lo cual no logrará este propósito pues antes será necesario que disuelva de un golpe la sociedad española.

¿Qué es una Constitución? Nos lo dice el gran reaccionario de Maistre, que, si viviera, había de pasar divertidísimos ratos oyendo los disparates de nuestros constituyentes.—«Una Constitución está reducida a resolver el problema siguiente: Dada la población, las costumbres, la religión, la situación geográfica, las relaciones políticas, la riqueza, las buenas ó malas cualidades de una nación determinada, encontrar las leyes que le convienen.»

El sentido común no ha podido tener un intérprete más perfecto que de Maistre en este asunto.

La Constitución es el conjunto de leyes fundamentales de un país. Pues para que estas leyes fundamentales tengan algún fundamento, es imprescindible que arraiguen en las costumbres, en la religión, en el carácter, etc., del país á que se destinan. ¿Obedece a este principio el proyecto constitucional que se está discutiendo? Ni por asomo.

Los liberales, que en medio de su odio contra los dogmas católicos, son la gente más dada a dogmatizar que se conoce, prescinden siempre de los pueblos para legislar sobre ellos, y se fijan en ciertas doctrinas teóricas cuya sanción les interesa mucho más que el bienestar de la patria.

Ellos legislan siempre para el hombre, que es una abstracción, una idealidad, y nunca para determinados hombres, como los franceses; los españoles, los italianos, que son lo concreto, lo real.

El hombre no puede darse leyes á sí mismo, porque esto envuelve una contradicción. La ley proviene siempre del superior, porque es hija de la autoridad. Luego decir que el hombre puede ser legislador de sí mismo, equivale á decir que el hombre es superior á sí mismo, y esto es absurdo. La soberanía de la razón es absurda, precisamente porque encierra el absurdo de la superioridad ó autoridad del hombre sobre el hombre.

Hay unos hombres superiores á otros hombres, y por consiguiente tienen autoridad unos sobre otros. El padre es superior al hijo, el esposo á la esposa, el soberano al súbdito, el propietario al colono. Pero si á todos ellos se les comprende en la abstracción llamada el hombre, ninguno es superior ni inferior, porque desaparece el número, desaparece la relación, desaparece la personalidad relativa y solo queda la idea simple, pura, de el hombre que no puede reconocer más autoridad que la de una naturaleza superior: la de Dios.

Por no hacer estas sencillísimas distinciones, que son rudimentarias en buena filosofía, el liberalismo cae en tantas contradicciones y absurdos y legisla siempre contra la sociedad, contra el interés de los pueblos.

¿Qué han hecho nuestros constituyentes? Remontarse á las alturas del derecho natural, y perdonémoslos la frase—enmendar la plana al mismo Dios.

Parecía lógico que al hacer una Constitución para España tuvieran en cuenta á España; y dando por sabidos los principios de eterna justicia y de eterno derecho, se fijasen en las condiciones especiales del país, en sus necesidades, en sus tradiciones, en su lengua, usos y costumbres, y con arreglo á todo esto, legislasen. Pues no señor; han hecho precisamente lo contrario, y como inspirados por el mismo Satanás (con perdón de los desprecupados), en favor del cual legislan constantemente (perdon otra vez, desprecupados señores) han comenzado por declarar, en nombre de la naturaleza, en nombre de la infalible razón humana y hasta en nombre de la soberanía nacional, que hay derecho para el error, principio fundamental del liberalismo y esencia pura de la civilización moderna. De aquí la proclamación de los derechos individuales ilegales, y entre ellos la libertad de cultos.

¿A qué órden pertenece esta declaración de derechos? ¿No es al órden teórico y universal que abarca al hombre, prescindiendo por completo de los individuos y de las naciones? Sin duda ninguna. ¿Y quiénes son los constituyentes para legislar sobre el hombre? ¿Qué autoridad es la suya? ¿No son hombres como los demás? ¿Pues con qué derecho se atreven á crear una nueva justicia, una nueva moral, un nuevo órden de principios eternos? ¿Son sacerdotes inspirados por el cielo ó profetas que Dios manda para regenerar al mundo? Y en este caso, ¿dónde están sus pruebas, dónde el testimonio de su misión? ¿Sacerdotes Olózaga y Ríos Rosas! ¿Profetas Moret y Silvela! Ridículos enanos henchidos de soberbia, ciegos instrumentos del espíritu revolucionario ghaibis caído siquiera en la cuenta de lo que estáis haciendo?

Dado que las Constituyentes tengan alguna autoridad, que legítimamente no tienen ninguna, su autoridad recaería no sobre el hombre en general, sino sobre los españoles en particular.

Decididos á elaborar una Constitución para los españoles debieran haber comenzado por examinar sus sentimientos religiosos, base fundamental de todo pueblo, principio orgánico de toda sociedad.

El pueblo español es católico, eminentemente católico: así lo ha declarado el Gobierno, así lo han confesado los ministros; así lo dice todo el que conoce un poco á España. Como católico, necesitaba la conservación de la unidad religiosa y el respeto á los principios que emanan del catolicismo. Pues precisamente la Constitución ha venido á arrebatárselo lo que tenía y necesitaba, rompiendo la tradición de los siglos y pisoteando las costumbres. En este sentido—como en todos los demás—la Constitución está hecha contra el pueblo español.

Es una Constitución que prescinde de Dios y toda Constitución que prescinde de Dios lleva en sí misma el anatema irrevocable de su muerte. Lo dice De Maistre; y la Constitución actual vá á ser una prueba más de que

en el aire que se respira. Las campanas de las iglesias hablan todo el día al corazón de los españoles, de su fe, de su Dios. Las obras maestras de nuestros artistas, pintores, escultores y arquitectos, pregonan el catolicismo; nuestros grandes poetas cantan, para tormento de los liberales, las maravillas y misterios de la religión: en los tribunales, el Crucifijo es el primer juez que se presenta a nuestra vista; los evangelios la primera ley que se abre ante nuestros ojos. ¡Si es imposible hasta hablar la lengua castellana sin tropezar con el catolicismo a cada frase! ¿Qué más? Si algún desdichado hubiera que por defender el ateísmo ó por vender a la patria recibiera dinero español, ese desdichado llevaría en las monedas el acusador de su crimen, llevaría la Cruz santa que sirve de magnífico remate a la corona de España. ¡Notemos de paso una atrocidad del Gobierno provisional: en las nuevas monedas ha suprimido la cruz de la corona de Castilla. Esto es una villanía.—

Otro tanto podemos decir de la forma monárquica, puesta a discusión en el Congreso, y desnaturalizada en el proyecto constitucional.

La monarquía y el Catolicismo han vivido estrechamente ligados en España desde hace muchos siglos. Nuestros constituyentes quieren borrar estos siglos de una plumada. ¿Qué pobres constituyentes!

No se contentan con tiranizar al pueblo; quieren también tiranizar a los siglos. Por fortuna los siglos aplastarán a los constituyentes y a su monstruosa Constitución y a su rabioso anticatolicismo.

Los robustos hombres de un Olózaga no bastarán para contener el ímpetu de los siglos, que al pasar sobre los que se les oponen, no dejarán más que restos esparcidos que digan a las generaciones futuras: «Aquí fueron unos cuantos locos que se empeñaron en deshacer a España por medio de una Constitución.»

EL MODERANTISMO ARTERO.

Nada menos que dos largas columnas bajo el título de *El Carlismo rabioso*, nos dedica *El Siglo* de hoy, para arrancar de su cuerpo el harpón que dirigimos antes de ayer a los moderados. Pero no pudiendo lograr su intento, hace toda la fuerza que le permite lo hondo y grave de la herida, para que la sangre que de ella mana alcance a cosas y personas que nada debían temer del harponazo.

Empieza el diario moderado apreciando y calificando como bien le parece la conducta seguida desde su fundación por *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*, y aunque se pone en lo cierto diciendo que nuestro periódico se ha mostrado siempre «sin otro deseo ni más fin que el de ayudar al sosten y defensa de la religión católica, combatiendo los numerosos errores propios de los tiempos», se equivoca cuando afirma que «aquellas doctrinas (las de nuestro periódico), con tanta repetición predicadas y muy hábilmente sostenidas (muchas gracias) ó eran puramente un recurso para ver venir... ó una extremada ligereza de juicio.» En el primer extremo de este dilema reconocemos la filiación de *El Siglo*, y el común espíritu que anima a su artículo y a las gacetas de *La Iberia*. Perdonamos la ofensa personal, y vamos a nuestro propósito.

Supone el diario revolucionario moderado que *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* contradice las doctrinas que hasta ahora ha defendido, en el hecho de haberse declarado partidario de D. Carlos, y añade que excomulgamos a cuantos españoles dejan de seguir esa bandera, los tenemos por réprobos, y les amenazamos con las penas eternas.

Aquí hay un poco de aquella habilidad que estriba en desfigurar los hechos, y un mucho de aquella figura retórica que consiste en decir a sabiendas lo contrario de lo que es verdad. ¿Quiere decirnos *El Siglo* en qué se diferencian las doctrinas que hoy defiende *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* de las que ha defendido desde que existe? ¿Quiere decirnos en qué se opone nuestra conducta de hoy a la historia de nuestro periódico? Porque no basta hacer afirmaciones a tonos y a locas; cuando se quiere discutir seriamente, es menester apoyar cada afirmación con una prueba.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, lo mismo hoy que el día de su fundación, defiende la independencia de la Iglesia, sostiene la necesidad de subordinar las doctrinas políticas a las enseñanzas de la Iglesia, siempre que esta haya pronunciado su fallo sobre aquellas, ó lo que es lo mismo, que no se proclame para el régimen de los pueblos principios que están rechazados por el Catolicismo y los depositarios de la verdad católica. Pero en todo aquello que no se roce con la religión, en todo aquello que sea meramente político, que sólo corresponda al régimen administrativo de los pueblos, en eso *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* ha proclamado y sigue proclamando la más amplia libertad, y en este sentido ha defendido y sigue defendiendo que la religión católica puede ser la única de un Estado, y vivir con todos los derechos que le corresponden en una nación católica, sea cualquiera la forma de Gobierno que en esta rija, y sea cualquiera también el mecanismo político y administrativo que constituya esa forma. Lo cual tampoco quiere decir que *EL PENSAMIENTO* haya carecido de opinión en cuanto a la bondad ó utilidad de las diversas formas y sus distintos mecanismos, especialmente con relación a nuestro país. Pero es de notar, que cuando en nuestro periódico combatimos el constitucionismo ó la república, aparte de la legitimidad de los medios con que se hayan introducido ó traten de introducirse tales innovacio-

nes, lo que principalmente combatimos, no es la forma de Gobierno que adoptan los constitucionales ó los republicanos, sino las doctrinas que quieren poner en acción bajo tales formas.

«Pero ahora *EL PENSAMIENTO* se ha declarado carlista, dice *El Siglo*, y excomulga a todos los que no lo son.» Poco a poco: *EL PENSAMIENTO*, procediendo con la lealtad y con la claridad que, en su sentir, D. Carlos de Borbón y de Este, que teniendo como tiene títulos de legitimidad, y siendo el representante genuino de las tradiciones de nuestra patria y de los principios religiosos y monárquicos, es, por esas capitales circunstancias y además por sus cualidades personales, el monarca que más conviene a España. *EL PENSAMIENTO* ESPAÑOL se ha declarado carlista en cuanto cree que D. Carlos es el que reúne todas ó el mayor número de las cualidades para ser *El hombre que se necesita*.

Y lo diremos todo, porque no tenemos nada que ocultar. *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* que, como católico, no prescinde ni pueda prescindir de la legitimidad en la sucesión a la corona, no ha tenido necesidad de entrar en polémica sobre si D. Carlos es ó no el llamado a suceder, según las antiguas leyes de Castilla, ó hay alguien que tenga mejor derecho. Esta cuestión, largamente debatida por espacio de treinta y cinco años, está aun por resolver, ninguna autoridad legítima la ha resuelto todavía, y en tal estado, un católico, sin faltar en nada a la moral, puede muy bien entre dos individuos de una misma familia que se disputan el derecho, decidirse por el que de los dos reúne otras condiciones de que no puede prescindirse si se ha de mirar por el bien de la Iglesia y la felicidad del pueblo. ¿Quiere *El Siglo* mas claridad?

«Pero cuándo y dónde hemos dicho que los que no piensen como nosotros, respecto a don Carlos, están excomulgados, son réprobos y están condenados a las penas eternas? ¿En dónde? Retamos a *El Siglo* a que nos cite y transcriba los artículos ó párrafos en que hayamos dicho tal cosa.

Lo que *El Siglo* traduce, porque así le conviene, por excomuniones a los no carlistas, son los ataques que nosotros hemos dirigido a los moderados; enténdalo bien *El Siglo*, a los moderados; a los doctrinarios; a los que buscan el justo medio entre el bien y el mal. A estos no los hemos excomulgado ni amenazado con las penas eternas; pero sí combatido con firmeza, con ardor, sin tregua ni descanso, y seguiremos combatiéndolos con la ayuda de Dios, pero no porque sean ó dejen de ser carlistas.

El Siglo, diario moderado, ha querido buscar quien le ayude a recibir ataques al moderantismo y se le ha antojado aparentar que nuestros tiros iban dirigidos a todos los isabelinos por el solo hecho de pensar de distinto modo que nosotros en la cuestión dinástica. ¡Torpe habilidad la del diario isabelino revolucionario!

No; nosotros sabemos tan bien como *El Siglo* que hay isabelinos que no son moderados, que no son revolucionarios ni siquiera templados ó con moderación, con ellos no hemos podido cometer la injusticia de confundirlos con los doctrinarios. Isabelino era el ilustre Donoso Cortés y en sus obras hemos podido aprender a combatir a los doctrinarios; isabelinos eran algunos de los diputados de la fracción llamada neo católica en las Cortes anteriores, y combatían con la mayor energía la revolución moderada. Esto prueba que es más ó menos número (que esto no hace al caso) puede haber isabelinos completamente separados del moderantismo y de *El Siglo*.

Carguen, pues, *El Siglo* y su escuela con los ataques que a ellos dirigimos, y dejen en paz a los que pública y privadamente han renegado y reniegan de las doctrinas moderadas y del nombre de moderado.

El partido moderado, quieralo ó no *El Siglo*, será siempre para nosotros objeto de enérgicos ataques, porque no podemos olvidar nunca que él ha sido quien ha hecho de la revolución un mal crónico en nuestra patria. El partido moderado ó conservador representado por *El Siglo*, es el mismo que, representado por *El Tiempo* en 1844, declaraba que venía a conservar todas las conquistas de la revolución ya consumada; es el mismo partido que, combatiendo desde los bancos de la oposición a nombre del orden, ensalzaba en los bancos ministeriales las glorias de la libertad, y vice-versa; es el mismo partido que, teniendo siempre en sus labios el respeto al catolicismo, censuraba y estaba a punto de condenar como delinquentes a los Obispos que prescindían del *pase régio* para publicar la *Encyclica* y el *Syllabus* de Su Santidad.

Es el mismo partido que, representado por *Los Tiempos* en 1866, trabajaba cuanto podía para conseguir que los Obispos viniesen a desaprobar en el senado el reconocimiento del reino de Italia, y al ver que los Obispos, por razones de que no tienen para qué dar cuentas, se negaban a venir a dar un voto del que hubiera podido resultar la subida al poder del partido moderado se atrevía a decir: «Lo que debían haber hecho los Obispos es venir a cumplir con su deber.» Eso es el partido moderado, eso es *El Siglo*. ¡Podemos nosotros dejar de combatir a tal partido y a tal periódico?

Si doña Isabel de Borbón pudiera volver al trono de San Fernando, el partido moderado, que por razones que no enumeramos sería dueño del poder, prepararía de nuevo su caída.

Como revolucionario sancionaria los hechos consumados por la revolución; y como conservador, conservaría las nuevas conquistas de la libertad.

¿No hemos de combatir al partido moderado? Nos hemos extendido demasiado. No nos faltará ocasión de ampliar estas ideas.

Hoy a las doce, según dice un periódico, habido reunirse en el Congreso la junta directiva de la mayoría para tratar de la cuestión de regencia.

Las Cortes afirma que todas las fracciones de la mayoría están conformes con aceptar esta solución, que, con permiso de *Las Cortes*, no es solución. *El Imparcial*, por el contrario, asegura que los diputados más influyentes, no creen lógico, ni conveniente, ni parlamentario que se constituya la regencia hasta que no esté completamente discutida y aprobada la Constitución.

El regente, dicen, tendría que cruzarse de brazos y se encontraría en una posición falsa; pero otros diputados acuden presurosos a obviar este inconveniente, y proponen que las Cortes autoricen al regente a gobernar con arreglo a la Constitución que se está discutiendo.

Esto es un desatino de marca mayor; pero, si hemos de creer a *El Imparcial*, gana terreno tan peregrina idea. ¡A tales extremos conduce el extravío y malestar de la revolución!

¿Dónde se ha visto jamás que rija como ley lo que no es ley? ¿Cuándo, ni en dónde ha sido lícito al poder hacer aplicaciones de una ley que no está aún establecida y promulgada? ¿O es acaso que los representantes del país no saben si quiera los más vulgares rudimentos de los principios del derecho?

Podría además suceder que la Constitución que se discute no llegara a promulgarse: tal aconteció a la *non nata* del 53, y no es imposible que acontezca a la del 69.

Pero bien mirado, los planes de los revolucionarios en materia de constitución de un Gobierno no deben importar gran cosa. En el malestar y zozobra que sienten, buscan ansiosos un medio de salir de la situación en que se encuentran, y se les ocurren los más descabellados e irrealizables proyectos.

Si esperarían que la Constitución esté discutida, se encontrarán luego con que no hay rey para su monarquía de farsa; si intentan ahora poner en el trono alguno de sus candidatos, dan con la pequeña dificultad de que los candidatos no aceptan, el país los rechaza y la misma Cámara está profundamente dividida: esto aparte de que sería un contrasentido traer un rey constitucional, antes de tener Constitución. Continuar con la interinidad en que viven, les parece duro y peligroso a los señores de la mayoría, entre otras cosas, porque la república va ganando.

¿Qué hacer, pues? ¿Un directorio? no es posible: ¿un triunvirato? no quiere Prim. Pues venga una regencia del duque de la Torre, que por su gran significación política, no inspira recelos a nadie.

Y con esto creen que salen de la interinidad! Y la regencia es una interinidad tan interina como la actual situación: en nada cambiaría el aspecto de las cosas: solamente iría disminuyendo la importancia de los unionistas.

Un ministerio presidido por Prim, que conservaría la cartera de Guerra, anularía por completo la influencia del regente, que en estas circunstancias significaría muy poca cosa.

Si un rey constitucional es juguete de las intrigas y ambiciones de los partidos, un regente interino, con una Cámara soberana, presidida por un ministerio en que el regente no tendría arte ni parte, haría lo que la espada de Bernardo: ni mas ni menos.

Por eso la regencia, de no ser verdadera regencia, es decir, representación de un rey menor de edad, que todo podría suceder; la regencia, repetimos, tal como la proclaman los revolucionarios, tiene muchos inconvenientes para ellos y ninguna ventaja. Primero, porque la regencia nada resuelve ni acaba con la presente interinidad, segundo, porque el regente no sabría qué hacer ni a qué atenerse, pues que la Constitución no se halla establecida; tercero, porque los unionistas, que no son bobos, se opondrán a la regencia, que aunque les daría importancia aparente por ser conferida al general Serrano, en realidad redundaría en provecho de Prim, que se haría dueño de la situación.

En resumen: los revolucionarios no pueden salir del atolladero en que están, como no proclaman la república.

¿Cómo ha de ser!

Las Noveades confiesa que ha visto con dolor la sesión celebrada ayer tarde en las Cortes, donde los diputados emplearon cinco horas en alusiones personales y en recuerdos, un si es ó no es vergonzosos, de pasadas historias. «Si continuamos por este camino, dice el periódico montpensierista, la Constitución no se discutirá nunca, y podrá llegar un día en que el país exija estrecha responsabilidad a los que a muy poca costa pudieran dar a nuestra patria el bienestar y la felicidad de que tanto necesita....»

Cierto es lo que *Las Noveades* dice. Puede llegar un día en que el país exija estrecha responsabilidad a los que han usurpado escandalosamente el nombre del pueblo; puede llegar un día en que el país, cansado de tanta burla, irritado por tanta tiranía, y erga su frente y grite, dirigiéndose a los que le han vendido: ¿qué habeis hecho de los altares de mi Dios? ¿qué habeis hecho de mi gloriosa monarquía? ¿qué habeis hecho de los bienes de mi verdadero patrimonio? ¿qué habeis hecho del dinero que yo os he dado a costa de mil sacrificios? ¿dónde están las reformas que me prometisteis? ¿dónde la santa libertad de la justicia?...

Y los acusados bajarán la cabeza ante estas

preguntas terribles, y el pueblo entonces....

¡Sabe Dios lo que entonces hará el pueblo!

«Estemos prevenidos! dice *La Iberia* de hoy con acento desesperado en un artículo sobre la utilidad de la regencia.

«Contra quién? preguntarán nuestros lectores. Esta vez no es contra los pícaros reaccionarios, que gastan boinas, sino contra ciertos diputados de sospechosa conducta.

Atención, que esto es muy importante:

«¡Alerta, pueblo! ¡Alerta, diputados de la nación! En vuestro mismo seno bulle la hiedra del moderantismo, que si levantara la cabeza nos aplastaría a todos bajo el peso de sus venganzas. La interinidad favorece a esos traidores adversarios. ¿Cómo se salva? Hay un medio; ya lo hemos dicho: la regencia.»

Contra la regencia alfoncina que, al parecer, se elabora en el seno del Congreso, quiere oponer *La Iberia* otra regencia sin regido encomendada al duque de la Torre. «Cuando decimos que el sistema homeopático lo ha invadido todo.

«Pero no vé la infeliz *Iberia* que va a meterse como ratón aturrido, en la misma boca del gato?

Desengáñese *La Iberia*, y oiga el consejo de un adversario leal. No le queda más recurso que defender la república, si quiere librarse de las asechanzas moderadas ó alfoncinas.

«Con la república ó con nosotros! Con nosotros, es difícil que venga; con que, señora *Iberia*, a engrosar las filas de los republicanos, que necesitan gente!

Enojado el periódico *Las Noveades* contra los hombres públicos que dirigen la escena política porque no se deciden a dar el papel de monarca al duque de Montpensier en la gran farsa que la revolución está representando meses hace en España, asegura que él «es decir, las fracciones de los partidos progresista y democrático a que *Las Noveades* sirve de órgano, tenía desde el principio sus soluciones concretas y preparadas.»

Entre estas soluciones el diario enemigo de los Borbones cuenta como principal la de Montpensier para el trono de España.

Todos, sin embargo, recordamos que mucho después del principio, a los postres casi de la revolución, *Las Noveades* se declaró montpensierista contra la voluntad de sus antiguos redactores y a gusto del Sr. Fernandez Cuesta, su nuevo propietario, que se propuso defender a todo trance la candidatura del cuñado de Isabel II.

Todos recordamos este cambio brusco del antiguo diario progresista; lo que no es fácil que recuerde nadie es un caso igual de frescura al que nos presenta hoy *Las Noveades*, al decirnos que tenía soluciones concretas y preparadas desde el principio.

La solución fué preparada, no por *Las Noveades*, sino por el duque de Montpensier, porque si el duque de Montpensier no se hubiese dado a conocer a fondo a ese diario ¿cómo podía haber caído esta en la cuenta al cabo de meses de que el duque y sólo el duque era capaz de hacer la felicidad de los españoles?

El Universal se queja de que muchos diputados abandonen el Congreso y se vayan de Madrid huyendo del calor.

Los compara a los besugos, que se estropean en verano, comparación que podrá ser exacta, pero que no prueba un gran respeto hacia las majestades constituyentes por parte de *El Universal*.

Teme que llegue a faltar el número suficiente de diputados para hacer las leyes, y que la Constitución se quede en el aire como el alma de Garibay. «Como si esto lo importara al país tres cominos!

Hacen perfectamente los diputados en marcharse, aunque *El Universal* los llame besugos. La verdad es que no son ranas, y que preven algo grave, que no está consignado en el proyecto constitucional.

Tiempo perdido, dirán ellos, el que empleamos en formar lo que ha de morir tan pronto....

Y tienen razón.

Repetimos que al hacer esto los señores diputados, no serán besugos, pero tampoco son ranas.

Segun noticias de Zaragoza reina allí bastante agitación, debida a la aproximación de fuerzas del ejército.

En Valencia era objeto de comentarios la prisión de algunos oficiales de la guarnición, detenidos en las Torres de Cuarte de aquella ciudad.

Cartas de Astorga hablan de desórdenes ocurridos en dicha ciudad, y de gritos subversivos dados en la plaza por grupos que desconocieron la autoridad del alcalde. Hubo un herido grave, y fueron presas quince personas por disposición del gobernador de León, que se personó en dicho punto.

Con fecha 17 del actual escriben de París a un periódico liberal lo que sigue:

«Los carlistas se mueven mucho y disponen de algún dinero. Deban lanzarse a fines de este, pero han suspendido por haber tenido noticias (dicen ellos seguras), de que ha de ocurrir otra cosa que precederá su entrada. Calculan que lo otro no tendrá buen éxito; pero quieren que suceda. Bendicen sin cesar a los Suñer, García Ruiz, Zorrilla y hasta Moreno Benítez (atúrdase Vd.), que con sus discursos les han dado en quince días más partidarios que los que habían podido reunir en ocho meses. He visto gente de varias provincias que han venido a tomar obligaciones ó acciones del empréstito carlista, y que han sido firmadas en Amsterdam por el conde de Galbe y marqués de Casa Flores.»

Más adelante prosigue:

«Lo cierto es que tenían todo preparado y lo han suspendido. ¿Tendrá que ver esta suspensión con la venida a esta de las gentes de Biarritz? Na-

da sé; pero temo mucho que sea ahora cuando principien de nuevo las desgracias a que parece que Dios ha condenado a nuestra pobre patria.»

Se ha presentado a las Cortes una información judicial para acreditar varios abusos cometidos en las villas de Montijo y Puebla de la Calzada en las elecciones para diputados, celebradas en Abril último en la circunscripción de Castuera.

Ha sido nombrado presidente de la comisión que ha de entender en el suplicatorio de la causa incoada por la muerte de D. Celestino Olózaga, don Cristóbal Martín y Herrera y secretario el Sr. Gallego Díaz.

Uno de estos días se reunirá la junta directiva de la mayoría de las Cortes para ocuparse de la cuestión de regencia.

Dícese que el Sr. Ayala se dispone a tomar parte en la discusión de la forma de Gobierno.

Las últimas noticias del Paraguay dicen que los aliados se habían puesto en marcha el 5 de Abril para Asunción, donde se encuentra López, según los brasileños, al frente de 6,000 hombres, y según los paraguayanos, mandando 45.000 soldados con 50 piezas de artillería.

Dice un diario noticioso:

«Ayer tarde después de la sesión de las Constituyentes, se reunieron los Sres. Prim, Sagasta y Zorrilla, ministros de la Guerra, Gobernación y Fomento con el presidente de las Cortes Sr. Rive-ro y los diputados demócratas Sres. Becerra y Martos, para ocuparse de la cuestión de regencia.

«Mas tarde, en el paseo, los ministros progresistas hablaron con algunos personajes importantes de su comunión para decidirse a que voten la regencia inmediatamente que quede declarada la forma de gobierno.

«Por la noche volvieron a reunirse los mismos señores, aumentados, según se cuenta, con el señor Olózaga, y la reunión duró hasta las dos y media de la madrugada.

«En el salón de conferencias se ha dicho que todavía anoche no quedó nada acordado; pero no parece esto cierto, supuesto que todo el día de hoy han continuado los trabajos para vencer ciertas dificultades contra la regencia, y cuando se asegura que inmediatamente después que la forma de gobierno esté declarada, el proyecto de regencia se presentará a las Cortes.»

CORREO DE HOY.

Dice el *Univers*, hablando de las elecciones de París:

«Han terminado las reuniones. Se había anunciado que serían corrádas ayer en medio de un general tumulto en todo París. La guarnición estaba sobre las armas, y las tropas habían recibido consigna. Pero no habido ni el más ligero asomo de motín.»

ULTIMA HORA.

CORTES.

Al principio de la sesión de hoy se ha leído a dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley de sociedades de crédito, en el cual se hacen algunas modificaciones.

Continuando la discusión pendiente, el Sr. Romero Giron ha contestado en un largo discurso al Sr. Pi y Margall, defendiendo la monarquía democrática.

El Sr. Romero Giron ha combatido la república federal, considerándola, sin embargo, como el ideal de los gobiernos. Dijo que la Constitución lleva en sí el germen del federalismo, lo cual es bastante en las presentes circunstancias.

Examinó la situación de Europa, y del resumen que hizo del estado social y político de algunas nacionalidades, dedujo que la federación no es hoy posible.

Rectificó el Sr. Pi y Margall sosteniendo la incompatibilidad de la monarquía con la soberanía nacional.

Rectificó a su vez largamente el Sr. Romero Giron.

Rectificó segunda vez el Sr. Pi y Margall.

El Sr. Castelar empezó diciendo que el debate está agotado, pero que la cantidad de la causa que defiende le da aliento.

Dijo que la república es la idea de estos tiempos, y afirmó que las grandes ideas siempre vencen y se imponen a los pueblos. Añadió que la república ha tenido sus mártires y profetas, y que lo porvenir le pertenece.

Explicó los principios de la democracia, diciendo que los derechos individuales y la soberanía nacional se oponen a la monarquía.

Lo avanzado de la hora nos impidió seguir oyendo al orador.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra.)

PARIS, 17 (por la tarde).—Ayer el emperador y la emperatriz han hecho una larga visita a doña Isabel de Borbon.

En la Bolsa de hoy se han cotizado: 3 por 100 exterior español, a 29 1/2. 3 por 100 francés, a 71.90. 4 1/2 ídem, a 101.75.

LONDRES, 19.—Consolidados ingleses, de 92 5/8 a 93 1/4.

TOLON, 19.—El prefecto marítimo ha recibido la orden para que se prepare con la mayor prontitud una escuadra de buques ligeros.

El almirante Jurien de la Graviere, comandante en jefe de la escuadra del Mediterráneo, tomará también el mando de dicha escuadrilla.

ROMA, 19.—El rey y la reina de Nápoles saldrán dentro de breves días con el objeto de hacer un viaje a Alemania.

Su ausencia durará solo tres meses.

PARIS, 20.—Las últimas noticias de Hong-Kong señalan dificultades que habrían surgido entre el Gobierno chino y el representante francés con motivo de pasaportes é im-pagos de los mandarines contra los misioneros católicos.

BERLIN, 20.—Rascon ha llegado, y dentro de breves días será recibido por el rey Guillermo.

BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado 26.25, 30, 35 y 30 pequeños, 26.60 a plazo, 26.20, 30 y 35 fin cor. fir.

Títulos del 3 por 100 consolidado exterior, no publicado, 29.60.

Títulos del 3 por 100 diferido, publicado, 25.40, 55 y 60; a plazo, 25.50 fin cor. vol.

Billetes hipotecarios del Banco de España, publicado, 98.00.

Carpetas provisionales de Bonos del Tesoro, publicado, 55.40.

Obligaciones generales por ferro-carriles de 2,000 rs., publicado, 50.40, y 50.

